

HISTORIA  
DE  
LA TURQUIA

---

LIBRO PRIMERO

---

I

Antes de referir la historia de este imperio que reemplazó un momento al imperio romano en ese Oriente, cuna de los pueblos y teatro de las trasfiguraciones mas maravillosas de las razas humanas, es menester describir el nacimiento y el progreso del islamismo ó de la religion de Mahoma.

La religion, sobre todo en el Oriente, tierra teocrática por excelencia, es el *móvil* de los pueblos. Su nacionalidad está en su dogma, su destino en su fé; el espíritu de emigracion y de conquista que los subleva en sus estepas natales y que los disemina con un libro en una mano, y un sable en la otra por todo el mundo, es sobre todo el espíritu de proselitismo. Un profeta, un revelador, marcha con ellos detrás del conquistador. Ese carácter de los pueblos de Oriente no se halla ménos impreso en la raza turca que en la raza de Abraham, de Moisés, de Jesucristo. Habiendo entrado mas tarde en la vida en medio de naciones idólatras cuyas supersticiones habian dado al traste con todas las creencias humanas, los tártaros-turcos, ya innumerables, parecia que aguardaban en las tiendas donde acampaban detrás del Oxus, á que la voz de su profeta los llamase para destruir la idolatría y renovar el culto de Dios en el seno de la barbarie. Sin este profeta, tal vez harian pacer todavía á sus rebaños en los desiertos de la Tartaria mayor; sin este profeta, no hubieran tenido ni *móvil*, ni ocasion para desbordar de su asiento primitivo; sin este profeta, no hubieran hallado ni la Persia, conquistada ya por los árabes mahometanos, abierta para ellos, ni la Arabia recibéndolos como auxiliares contra los romanos, ni el Egipto, ni el Asia Me-

nor, dispuestos á adoptar un culto que los emancipaba de la dominacion de Constantinopla; sin este profeta, en fin, no hubieran poseido ni ese impulso irresistible que inspira la confianza en la victoria, ni ese fanatismo que hace hallar esta misma victoria en la muerte, precio de una felicidad inmortal.

Los árabes del desierto eran poco numerosos y demasiado bárbaros para agitar en un vasto continente la antorcha de una nueva civilizacion: los pueblos de la Persia, del Egipto, del Asia Menor, eran demasiado viejos para imponer una nueva religion con la punta de sus aceros. Toda religion naciente supone ó exige, en general, una nueva raza sobre la escena del mundo. El cristianismo, aunque nacido en Oriente, no conquistó el Occidente hasta que los bárbaros convertidos le suministraron, ántes y despues de Carlomagno, tantos soldados como creyentes. El islamismo no se propaga en el Asia Menor, mas allá del nacimiento del Tigris y del Eufrates, al Norte del mar Negro, en Constantinopla y en la Europa oriental, hasta el Borysthenes de los rusos y el Danubio, ántes que los turcos, evocados por él del fondo de sus soledades, le hubieron prestado la juventud de su entusiasmo y el heroismo de sus brazos. Los turcos deben todo su imperio al profeta árabe, y el profeta debe el afianzamiento de su religion á los Turcos.

El islamismo y la Turquía son un mismo hecho. No se comprendería la conquista del mundo oriental por los mahometanos si no se remontase á Mahoma, al origen y al primer resorte de ese poder que ha removido y que remueve todavía los tres continentes.

Ante todo pues hablemos de Mahoma.

## II

La primera consideracion que se ofrece al espíritu para sorprenderlo, cuando se despliega un mapa del globo para hacer, si es lícito decirlo así, la geografía de las religiones, es que el reducido espacio de tierra entre el fondo del Mediterráneo y las costas del mar Rojo, espacio que ocupa casi enteramente el monte Líbano, las colinas de la Judea, las montañas de la Arabia y el desierto, haya sido el sitio, la cuna, el teatro de las tres religiones mas grandes adoptadas por el género humano (exceptuando la India y la China): la religion judía, la religion cristiana y la religion de Mahoma. Al fijar la vista en el mapamundi se creeria que esa pequeña zona de rocas y arenas entre dos mares límpidos y bajo serenas estrellas re-

fleja ella sola mas divinidad que el resto del globo.

¿Porqué así? Separando la accion directa de Dios en la revelacion de los dogmas y de los cultos que son mas conformes á su esencia, y limitándonos, como debemos hacerlo aquí, á las simples nociones históricas, veremos que consiste en que estos pueblos han recibido evidentemente de la naturaleza, como facultad dominante, la facultad que permite, ver lo invisible, la imaginacion. La razon deduce la divinidad; solamente la imaginacion la ve, la oye, le habla, y la hace hablar, la describe, descubre el velo que la cubre, la adora, y comunicando por la energia de su percepcion su entusiasmo á los otros, crea entre la tierra y el cielo esos mundos invisibles que ocupan en la mente de los hombres mas lugar que el mundo positivo. La imaginacion espiritualiza al hombre, el espiritualismo lo eleva al descubrimiento de Dios, moraliza y diviniza al hombre. Guardémonos pues de menospreciar á los pueblos de grande imaginacion, siempre los señores, como son los primogénitos de la raza humana. Ellos nos han mostrado los cielos.

Y si se me pregunta porqué ha sido repartida á los árabes esa facultad de la imaginacion (la segunda de las facultades del entendimiento, pues que la razon es la primera) en mayor proporcion que á no-

sotros, como un derecho de primogenitura en la herencia del patriarca eterno á sus hijos, responderemos que no lo sabemos; que Dios es libre y absoluto dispensador de sus diversos dones entre sus hijos, que los unos han recibido la razon fria que analiza, asienta principios, saca consecuencias, mina errores; los otros, el don legislativo que funda y rige las sociedades; estos, el don de la palabra que encanta y persuade á los hombres; aquellos el don del valor que conquista la tierra y repele la esclavitud; todos, una parte especial y dominante en esas facultades diferentes cuya armonía constituye el equilibrio y la grandeza de la humanidad.

De las causas puramente materiales que han dado á la raza patriarcal una imaginacion mas activa, mas fecunda y mas religiosa que á las razas del Occidente, indicaremos tres únicamente: el clima, la ociosidad y la contemplacion.

El cielo particularmente tibio y sereno, que cubre este rincon del globo, preserva allí la especie humana de esa multiplicidad de necesidades contra las que luchamos aquí con incesante trabajo. Este trabajo distrae nuestra inteligencia de las cosas invisibles; convierte nuestra vida en una alternativa sin fin de fatigas y de sueño. El cuerpo usurpa de este modo el alma. Sufrimos ó gozamos, y no tenemos tiempo de

reflexionar. Esos pueblos, por el contrario, no conocen escasamente otras necesidades materiales mas que aquellas que la naturaleza satisface de antemano en derredor suyo. Los rebaños encuentran á su paso su pasto, y el manantial les ofrece el agua que ha de apagar su sed, la palmera madura sin cultivo; el camello los trasporta, y ellos consumen los dias en la soledad y en el silencio, que es la vegetacion de las ideas.

Esta vida patriarcal les ofrece lo que falta á las poblaciones agrícolas, guerreras ó industriales del Occidente, el ocio. La imaginacion es hija del ocio. El ocio es contemplativo: la contemplacion conduce siempre á lo infinito: lo infinito es Dios. Natural, pues, es, que esa raza, que goza del clima del pensamiento mas que otra alguna, esté dotada de una imaginacion mas poderosa para escudriñar las leyes metafísicas del mundo superior, como su límpido firmamento y la transparencia profunda de sus noches en el desierto le han hecho que escudriñe la primera las leyes celestes de la astronomía. ¿No es, con efecto, la meditacion interior la astronomía del alma?

Léjos de afectar con esta raza mística y piadosa la superioridad que los hombres de esta época atribuyen á los pueblos exclusivamente calculadores y escépticos del Occidente, nosotros creemos que Dios ha dado

en esto á los pueblos pastores de la Arabia la mejor parte, segun la expresion del Evangelio. Nosotros creemos que el empleo mas noble de las facultades de todo sér creado es descubrir á su criador para adorarlo y servirlo : que la raza verdaderamente dominante en las diferentes familias de la humanidad es aquella que contiene en mayor grado el sentimiento de la presencia y la adoracion de Dios : que entre estas razas, los grandes hombres, á los ojos del Appreciador Supremo de toda grandeza, no son ni los que poseen mas tierras, ni los que matan mas hombres, ni los fundadores de imperios : los grandes hombres son los santos. En efecto, no se debe juzgar del valor intrínseco de las cosas por su apariencia exterior y fugitiva, sino por ellas mismas. Los árabes tienen acerca de esto una parábola que encarna, como lo hacen siempre, al verbo en una narracion.

El rey Nemrod, dicen ellos, hizo un día comparecer en su presencia á sus tres hijos, y mandó al mismo tiempo que trajeran tres urnas selladas. Una de estas urnas era de oro, otra de ámbar, la tercera de arcilla. El rey dijo al primogénito que escogiera entre aquellas urnas la que juzgara que contenia un tesoro de mayor precio. El primogénito eligió la de oro, sobre la cual estaba escrito *imperio*; la abrió y la halló llena de sangre. El segundo cogió el vaso de

ámbar, sobre el cual estaba escrito *gloria*; lo abrió y vió que estaba lleno de la ceniza de los hombres que habian hecho mas ruido en el mundo. El tercero tomó el vaso que quedaba, el de arcilla; lo abrió y lo encontró vacío; pero el alfarero habia escrito en su fondo uno de los nombres de Dios. « ¿Cual de esos vasos pesa mas? » preguntó el rey á sus cortesanos. Los ambiciosos respondieron que el de oro; los poetas y los conquistadores que el de ámbar; los sabios que el vaso vacío, porque una sola letra del nombre de Dios pesaba mas que el globo de la tierra.

Nosotros opinamos como los sabios : nosotros creemos que las cosas mas grandes no son grandes sino en proporcion de la divinidad que encierran, y que cuando el remunerador supremo juzgue el polvo de nuestras acciones, de nuestras vanidades y de nuestras glorias, solo glorificará su nombre.

## III

La Arabia confinaba por una parte con los romanos, dueños entónces de la Siria, con los persas, de

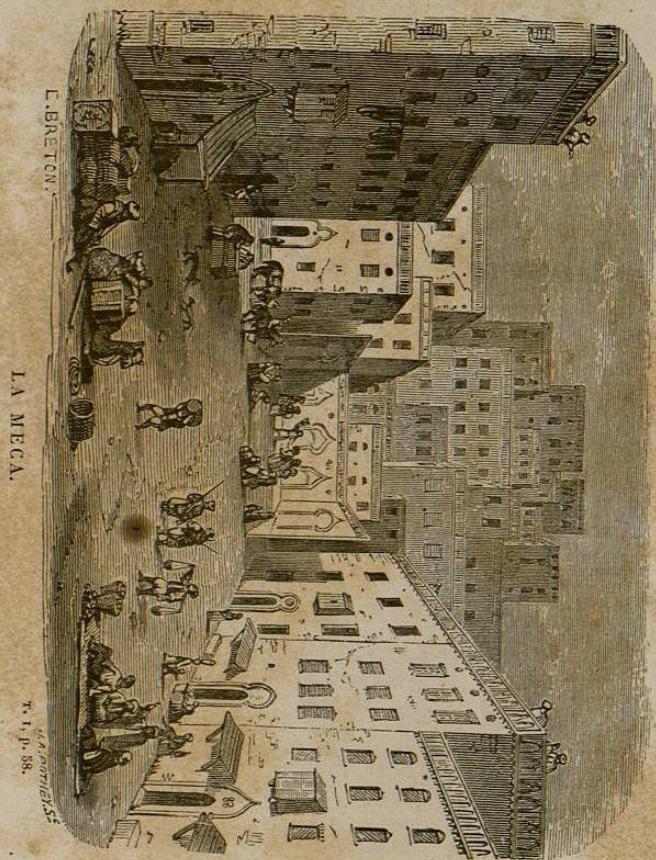
los que estaba separada por el Eufrates hacia Babilonia, con la Abisinia, contra la cual se hallaba defendida por el mar Rojo, en fin con las Indias orientales, á una distancia casi intransitable, colmada por el océano Indico y el golfo Pérsico. Sus límites en el desierto eran tan vagos como el horizonte y tan movedizos como la arena, extendiéndose á veces hasta el Egipto por un lado, por el desierto de Pharan, por el otro hasta *Damasco*, *Palmira*, *Baalbeck*, y las soledades de la Mesopotamia.

Las principales divisiones de este vasto territorio eran el *Hedjaz*, parte árida y montañosa que se extiende paralelamente al mar Rojo, inclinándose hacia el *Yemen*. La Meca y Medina eran sus capitales.

El *Yemen*, la extremidad meridional mas cercana á las Indias, bañadas sus márgenes por el Océano y por el mar Rojo. Saba, cuya reina llevó perfumes á Salomon, era una de sus principales ciudades.

El *Nedjed*, núcleo central, meseta elevada que domina, inclinándose muellemente sobre dos faces, por un lado la Siria, por otro el mar.

En fin el desierto propiamente dicho, otro océano de estepas y de arenas entrecortados de oasis, confinando aquí con la Persia, allí con la Palestina, tan imposible de delimitar como las olas, donde las tri-



bus y las caravanas avanzan y retroceden, como los navíos sobre las agitadas ondas.

## IV

Las genealogías de cada una de las razas, tribus ó familias que componen la gran raza comun de los arabes, son tan numerosas como estas tribus, y tan maravillosas como su imaginacion. Poetas é historiadores innumerables las han mencionado, en favor de la preeminencia de su raza, en sus cantos ó en sus anales. Cada una de esas literaturas y de esas erudiciones locales contiene orígenes y narraciones, iguales por su interés, su heroismo y su sencillez á los de Homero ó de la Biblia, comentados, traducidos, dilucidados, datados con una erudicion tan profunda como poética, por un crecido número de eruditos de las naciones modernas, y particularmente por M. Sacy y M. Caussin de Perceval; los que quieran beber á grandes tragos en estas fuentes oscuras, que su paciencia ha sabido aclarar, no necesitan hacer otra cosa mas que consultar estos raros escritores extraordinariamente atractivos.

## V

Abraham, cualquiera que fuese su origen propio, fué el padre comun de los árabes. Los unos, hijos declarados de este rey del desierto por su mujer *Sara*, fueron los hebreos; los otros, hijos predilectos pero no reconocidos de su esclava *Agar*, fueron los ismaelitas, todos igualmente árabes, pero condenados por la providencia, ó mas bien por su carácter, esa providencia de las razas, á lograr fortunas diferentes. La Biblia es la historia de los primeros; el Evangelio salió de ella con Jesucristo. Los anales que nosotros compulsamos, son la historia de los segundos.

Los árabes de Ismael, aquellos de que hablamos ahora, llaman en sus libros á Abraham, su padre, El Khalil-Allah, es decir, el amigo de Dios.

Su padre *Azer*, dicen ellos, era un gran vasallo de *Nimbrod*, especie de Júpiter fabuloso del Olimpo babilónico. Nimbrod, intimidado por una profecía que anunciaba el nacimiento de un niño superior á los otros hombres y á él mismo, prohibió todo comercio de los dos sexos en sus Estados. De un matrimonio

que quebrantó esta orden, nació Abraham, Sus padres callaron su nacimiento para evitar la cólera de Nimbrod. Para criarlo, lo ocultaron en una caverna fuera de la ciudad. Esta aventura y otras del mismo género recuerdan en los historiadores árabes las celosas precauciones de Herodes en Judea, y la degollacion de los inocentes para desmentir las profecías respecto del advenimiento del Cristo.

Abraham, alimentado por los ángeles, creció dentro de la caverna en fuerza y en razon. La primera vez que salió de ella fué de noche. El cielo de la Caldea, lleno de seres luminosos que flotaban en el ether, le reveló á Dios. Pero no habia aprendido todavía á distinguirlo de sus obras. Por de pronto una estrella mas resplandeciente que las otras le deslumbró los ojos: « Hé aquí mi Dios, » se dijo á sí mismo. La estrella, empero, se inclinó y desapareció del horizonte. « No, dijo, ¡ no es ese el Dios que yo adoraré! » Así sucedió con otras muchas constelaciones. La luna se levantó en seguida: « ¡ Hé aquí mi Dios! » exclamó. Pero la luna bajó al ocaso. « ¡ No, no es mi Dios! » Por fin apareció el sol con toda su pompa y majestad por el Oriente, al extremo del desierto: « Este es en verdad mi Dios, dijo, ¡ él es mas grande y brillante que todos los demás! » El sol recorrió el firmamento y al retirarse dejó al mundo sumido en las tinieblas.



« ¡Tampoco es ese el Dios que yo busco para adorarlo! » dijo tristemente el niño, predestinado á la adoracion de la Divinidad invisible, inmutable y eterna. ¡ Volvióse á la caverna para buscar á su Dios en su alma !

## VI

Habiendo salido por fin de su retiro y habiendo sido presentado á Nimbrod como un jóven que habia nacido mucho tiempo ántes de la prohibicion de los matrimonios en Babilonia, Abraham comenzó á revelar á los babilonios el Dios inmaterial, á estimularlos al verdadero culto, y á derribar los ídolos de los templos. Obsérvese con cuidado esta circunstancia que fué la ocasion y el gérmen de la predicacion de Mahoma, cuyo único pensamiento, dice él mismo, fué restablecer la religion de Abraham.

## VII

Los sacerdotes de Babilonia condujeron al impío ante los ídolos, en presencia del rey Nimbrod, para

castigarlo. « ¿Cuál es pues tu Dios? dijo el rey al jóven profeta. — Mi Dios, dijo Abraham, es el que da la vida y la muerte. — El que da la vida y la muerte, replicó Nimbrod, ¡ soy yo! » Para probarlo, hizo que trajeran de las cárceles de Babilonia á dos condenados á muerte, que esperaban la hora del suplicio. Cortó al uno la cabeza, perdonó al otro y juzgó que habia confundido á su interlocutor. Pero Abraham, que no se atrevió al principio á negar aquel sofisma en accion, recobró sus sentidos, y desafiando al rey á que mostrara su omnipotencia en el cielo mismo: « Pues bien, dijo, mi Dios es el que hace levantarse al sol por el Oriente; ¡ hazlo levantar al Occidente! » Nimbrod respondió como responden los tiranos, con el fuego. Hizo arrojar al profeta á una hoguera: *pero el fuego se enfrió*, dice la historia. Abraham se fué al desierto de Mesopotamia con su familia, sus esclavos y sus rebaños.

Allí comienzan los hebreos, árabes de la Biblia y de Jerusalem, hijos de Isaac. Veamos á los del desierto y de la Meca, hijos de Ismael.

En el sitio futuro de esta villa, sin habitantes á la sazón y sin manantial, abandonó Abraham á su esclava Agar y el hijo que habia tenido de ella, Ismael, por calmar los celos de su esposa Sara.

Apénas la infortunada Agar hubo acabado las pro-

visiones de dátiles y de agua que Abraham le habia dejado para ella y para su hijo, sintió los tormentos de la sed, y recorrió desesperada los valles y los barrancos secos de *Safa*, pidiéndoles en vano una gota de agua ó el sudor de una roca para los labios de su hijo. Durante esta ausencia de su madre, Ismael lloró de impaciencia y de sed, é hiriendo colérico la arena con su talon, brotó una fuente fresca y pura. Agar acudió al oír los vagidos de su hijo. Ella apercibió el agua, y temiendo que el sol la evaporara, ó que se perdiera en la arena, amasó la tierra húmeda con sus manos, y formó una vasija para recogerla. Esta agua milagrosa, segun los árabes, que corre hoy todavía, es el manantial del famoso pozo de *Zemzem* de la Meca, que bendice á los que la beben.

## VIII

En las cercanías, unos pastores árabes de una tribu errante apacentaban sus camellos en la falda del monte *Arafat*. Ellos vieron bajar águilas al sitio en que acababa de obrarse el prodigio. Sospecharon que

las aves habian sentido la humedad de algunos charcos de agua, y acudieron. Los pastores encontraron la fuente, á la madre y al hijo. « ¿Quién eres tú y quién es ese niño? » dijeron á Agar; ¿de dónde viene esta agua? Muchos años hace que recorremos estas soledades, y nunca la hemos visto. » Agar les contó su abandono, y ellos se enternecieron. El niño, para el cual se habia abierto la tierra, como el pecho maternal, les pareció una criatura predestinada por el cielo para recibir sus bendiciones. Ellos anunciaron este prodigio á los de su tribu, que fueron á establecerse en aquel lugar. Ismael creció en medio de aquella gente, y se casó con una de sus hijas, llamada Amara.

Abraham le visitó dos veces con permiso de Sara. Sara, siempre celosa, habia puesto la condicion de que Abraham no bajara de su caballo en la morada del hijo de Agar.

La vez primera que Abraham visitó la Meca, se paró en la puerta de Ismael y lo llamó por su nombre. Amara, mujer de Ismael, salió á la puerta. « ¿Dónde está Ismael? » dijo el patriarca sin apearse. — Cazando, respondió Amara. — ¿No tienes nada que darme de comer? porque no puedo bajar del caballo. — Nada, dijo Amara, este país es un desierto. — Bien, repuso Abraham, dí á tu marido que has visto á un extran-

jero, descríbele mi figura y dile que le recomiendo que cambie el umbral de su puerta »

Cuando volvió Ismael, Amara cumplió su promesa. Ofendido su esposo porque había reusado la hospitalidad á su padre, la repudió y se casó con una hija de otra tribu, llamada Sayda.

Abraham volvió poco tiempo después á visitar á su hijo, su hijo estaba ausente. Una mujer jóven, esbelta, graciosa, salió al umbral de la puerta para responder al extranjero. « ¿Tienes algun sustento que darme? dijo Abraham á su nuera, sin darse á conocer y sin echar pié á tierra. — Sí, dijo ella al instante. Y entrando en su casa, volvió á salir muy pronto y presentó al viajero venado cocido, leche y dátiles. Abraham probó las tres cosas; y las bendijo diciendo: « ¡Que Dios multiplique en esta comarca estas tres clases de alimentos! »

Después de la comida, Sayda dijo al anciano: « ¡Baja del caballo, para que yo te lave tu cabeza y tu barba! — No puedo, respondió el patriarca, he jurado no dejar el asiento de mi cabalgadura. » Y poniendo únicamente uno de sus piés sobre una gran piedra, que había junto á la puerta de la casa, mientras que la otra pierna permanecía siempre sobre la silla de su caballo, bajó así la cabeza al nivel de las

manos de la jóven, que lavó el polvo que cubría sus ojos y su barba.

« Cuando vuelva tu marido, dijo el patriarca al partir, descríbele mi figura, y dile de mi parte que el umbral de su puerta es tan sólido como brillante, que se guarde bien de cambiarlo. » Al oír Ismael esta narración, dijo á Sayda: « El que tú has visto es mi padre, y él me manda con estas palabras que te guarde siempre. » Todos los hijos cuyas generaciones multiplicaron la raza de Ismael, fueron concebidos por Sayda.

En la tercera visita que Abraham hizo á su hijo, construyó con él en la Meca un templo ó casa de Dios llamada la *kaaba*. Este templo, que es hoy mismo el templo de la Meca, era un pequeño é informe edificio sin ventana, sin puerta y sin tejado, construido con enormes piedras muy desiguales. En uno de los lienzos de la muralla incrustaron la famosa *piedra negra* que se suponía haber traído un ángel del cielo para santificar la casa de Dios. Instituyéronse las peregrinaciones, los ritos y las procesiones al rededor de este edificio, que convirtió mas tarde la Meca en capital religiosa de la Arabia, viéndose Mahoma obligado á conservarlo, cambiando el espíritu después de su reforma.

Sea lo que quiera de estas tradiciones mitológicas,

la Meca fué, á causa de la posesion de la Kaaba, objeto de peregrinaciones y centro de las supersticiones de los Arabes que no adoraron á Jehovah. Una idolatría confusa, como los sueños de un pueblo, carnal é ignorante en su niñez, recemplazó entre ellos el culto puro de Abraham y pobló la Kaaba de ídolos. Esta desconocida teogonia resistió á los persas, á los parthos, á los fenicios, á los judíos, á los romanos, y continuó hasta Mahoma pervirtiendo la moral y depravando la inteligencia de los árabes. Los hábitos casi nómadas de su vida y la naturaleza de su nacionalidad, que no tenia mas lazos de union que el origen, el sitio, la lengua y las costumbres, hacian casi imposible toda modificacion en sus creencias y en su civilizacion. Se parecian á la arena de su desierto, que se desliza de las manos que quieren contenerla.

Echemos una rápida ojeada por su historia y su civilizacion, para comprender bien las dificultades de la mision que se impuso su profeta.

## IX

Los árabes no eran un pueblo, sino una coleccion de tribus, de familias, de hordas mas ó ménos nume-

rosas, las unas sédentarias, el mayor número de ellas constantemente nómadas, cubriendo con algunos pueblecillos y una nube de tiendas y de rebaños la costa del mar Rojo comprendida entre el Egipto y el océano Indico. La enumeracion de estas tribus y de estas hordas, independientes las unas de las otras, á veces aliadas, á veces enemigas, sin autoridad superior que les impusiese la ley y la paz, ó que les garantizase su independendencia, seria inútil y fastidiosa por lo difusa. Seria la historia de cada uno de los grupos de tiendas del desierto. Tribus principales, mas numerosas, poseyendo mas territorio y mas rebaños, mas famosas en la guerra, agrupaban, protegían, dominaban de tiempo en tiempo á algunas tribus inferiores y promovian grandes disensiones que devastaban la Arabia. Estas superioridades accidentales no eran estables ni legales; adquiridas en un combate, se perdian en otro. La constitucion de la Arabia era la guerra civil permanente entre todos los miembros de aquella república federal de tribus. Ningun sacerdocio, ninguna dictadura, ninguna autoridad monárquica, ó nacional, ningun consejo fijo y soberano, imponia sus leyes á la arbitrariedad anárquica de los diferentes miembros de la confederacion. República sin representacion y sin centro comun, compuesta de una multitud de pequeñas monar-

quías, que heredaban los jefes de las tribus, cuya genealogía constituía el título del gobierno. El Estado no existía. Solo existía la familia, multiplicada por la tribu.

El poder que faltaba en el centro se hallaba fuertemente constituido por las costumbres en la familia. Pero, aunque fuera absoluto en el jefe de tribu, este poder participaba en su aplicación de la dulzura y del libre consentimiento habitual al poder doméstico, en el gobierno paternal. Los hermanos, los hijos, los parientes del jefe, los ancianos, los sabios, los ricos, los guerreros que se habían hecho famosos por sus hazañas, los poetas, ilustres por sus cánticos, formaban un consejo perpetuo delante de la tienda ó en la casa del rey de la tribu, donde todo se deliberaba y decidía en presencia del pueblo. Allí no había libro, ni carta, ni leyes escritas. Pero las tradiciones sagradas y las costumbres inviolables ejercían un imperio tanto más absoluto cuanto que se hallaba escrito en la memoria, en el consentimiento y en el respeto de todos. Toda violación era un sacrilegio. Cada tribu tenía por nombre el nombre de su primer antepasado.

## X

Su religión era tan libre como su política. Los unos adoraban á los ángeles ó á los espíritus celestiales, intermediarios que suponían mujeres, y que ellos llamaban las hijas de Dios; los otros á la luna y las estrellas; aquellos creían que el hombre comenzaba al nacer y concluía con su último suspiro; estos pensaban que la vida humana no era más que uno de los periodos infinitos de la existencia que se renueva en otras regiones con diversas formas. Cuando moría el árabe, ataban á una estaca junto á su tumba á la más hermosa camella que tenía, y la dejaban que cayera muerta de hambre sobre el cuerpo de su amo, para que volviera á encontrar su cabalgadura habitual en el nuevo mundo, á que lo había trasportado la muerte. Se suponía que una especie de alondra del desierto que revolotea en torno de los sepulcros, lanzando gritos dolorosos, era el alma del difunto, que pedía de beber á los sobrevivientes. Representaban en piedra y madera las imágenes de los seres superiores y rendían culto á estas divinidades sordas.